



Serie educativa Charlotte Mason

Volumen 1 Educación en el hogar

Publicado en Inglaterra en 1905

Título obra original: *Home Education (Volume 1 of the Home Education Series)*
Autor: Charlotte Mason, Inglaterra, 1905
Traducción y revisión: de la Comunidad Educadores Charlotte Mason, 2020-2021
María Elena Ortiz, alivingeducationenespanol.com | Johanna Pérez Ray, charlottespanol.org

Versión libre de derechos de autor.
Se ruega usar y compartir dando el debido crédito a las autoras.

ÍNDICE

NOTA DE LAS TRADUCTORAS.....	4
PREFACIO A LA SERIE EDUCATIVA CHARLOTTE MASON.....	5
PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN.....	9
PARTE I: ALGUNAS CONSIDERACIONES PRELIMINARES	10
I. MÉTODO EDUCATIVO	11
II. LA CONDICIÓN DEL NIÑO.....	13
III. OFENDER A LOS NIÑOS	14
IV. MENOSPRECIAR A LOS NIÑOS	17
V. IMPEDIR A LOS NIÑOS	18
VI. CONDICIONES PARA UNA ACTIVIDAD CEREBRAL SALUDABLE	18
VII. «LA SUPREMACÍA DE LA LEY» EN LA EDUCACIÓN.....	27
PARTE II. LA VIDA INFANTIL AL AIRE LIBRE.....	30
I. UN TIEMPO DE CRECIMIENTO	31
II. EXPLORACIÓN DEL ENTORNO	32
III. «PINTAR CUADROS»	34
IV. LAS FLORES Y LOS ÁRBOLES.....	35
V. «LAS CRIATURAS VIVIENTES»	38
VI. CONOCIMIENTOS SOBRE LA NATURALEZA Y OBRAS DE NATURALISTAS	41
VII. EL NIÑO ADQUIERE CONOCIMIENTO POR MEDIO DE SUS SENTIDOS.....	42
VIII. EL NIÑO DEBIERA FAMILIARIZARSE CON OBJETOS NATURALES.....	45
IX. GEOGRAFÍA AL AIRE LIBRE.....	46
X. EL NIÑO Y LA MADRE NATURALEZA.....	49
XI. JUEGOS AL AIRE LIBRE, ETC.....	50
XII. PASEOS EN MAL TIEMPO	53
XIII. LA VIDA RÚSTICA.....	55
XIV. LOS NIÑOS NECESITAN EL AIRE DEL CAMPO	57

NOTA DE LAS TRADUCTORAS

Este primer tomo de la obra magistral de Charlotte Mason está dedicado a la educación de los niños desde los 0 a los 9 años, que se daba primordialmente en el hogar por parte de una maestra o la propia madre, en la Inglaterra de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, y abarcaba la educación preescolar desde el nacimiento al inicio de las clases formales a los 6 o 7 años aproximadamente, y hasta los 9 años, es decir, los tres primeros años de educación formal del niño.

En varios de los trozos de obras literarias o poéticas que usa Charlotte Mason para ilustrar sus escritos, nos hemos refrenado de traducirlas para que el lector haga su propia interpretación en la medida de lo posible. En otros casos, nos hemos tomado la libertad de intentar una traducción, esperando que ésta ayude a los lectores en la comprensión del texto.

En casos en que el texto alude a prácticas ya olvidadas en el siglo XXI o que culturalmente no son aplicables hoy, hemos decidido añadir pequeñas explicaciones dentro de paréntesis cuadrados, para dar mayor claridad al texto.

Se agradece a los lectores de esta obra que nos comuniquen sus sugerencias de mejora a la traducción, ya que al ser ésta una empresa voluntaria (y complementaria a las tareas de esposas, madres educadoras en el hogar, y profesionales), se nos dificulta realizar una revisión a profundidad tal como quisiéramos.

María Elena Ortiz y Johanna Pérez Ray
2021

PREFACIO A LA SERIE EDUCATIVA CHARLOTTE MASON

El panorama educativo se ve bastante nebuloso y deprimente tanto en casa [en Inglaterra, hacia 1880] como en el extranjero. Muchas son las necesidades que se escuchan desde el campo educativo: que la ciencia debe ser un elemento básico de la educación; que debe reformarse la enseñanza del latín, de las lenguas modernas, de las matemáticas; que la naturaleza y las manualidades debieran usarse para entrenar tanto el ojo como la mano; que los niños y niñas deben aprender a escribir en su idioma materno y, por lo tanto, que deben saber algo de la historia y de la literatura, y que la educación debiera hacerse más técnica y utilitaria. No obstante, no contamos con un principio unificador, ni un objetivo definitivo; de hecho, no contamos con ninguna filosofía de la educación. Así como un arroyo no puede elevarse más arriba del nivel de su fuente, así también es poco probable que una iniciativa educativa pueda desprenderse de todo el pensamiento que le ha dado nacimiento; y tal vez, ésta sea la razón de todos los tropiezos, las iniciativas perdidas, los fracasos y las decepciones que han marcado nuestros esfuerzos educativos.

Quienes hemos pasado muchos años siguiendo la visión benigna y esquiva de la educación, percibimos que sus enfoques están regulados por una ley que aún no es completamente clara; podemos discernir sus contornos, pero nada más; sabemos que está presente en todo lugar, pues no hay espacio de la vida hogareña o escolar de un niño en que la ley no penetre. Es iluminadora también, pues muestra el sistema de valores escondido detrás de los sistemas educativos; pero no es sólo una luz, sino también una medida, un estándar a través del cual se prueban todas las cosas, tanto pequeñas como grandes, relativas al esfuerzo educativo. Esta ley tiene apertura de carácter, pues acoge todas las cosas verdaderas, sinceras y de buen nombre, y no impone límites u obstáculos salvo cuando el exceso podría ser perjudicial. El camino que indica esta ley es continuo y progresivo, y carece de transición desde la cuna a la tumba, exceptuando cuando la madurez asume la dirección natural después de que la instrucción ha disipado la inmadurez. Cuando comprendamos la ley en toda su plenitud, sin duda encontraremos que ciertos pensadores alemanes como Kant, Herbart, Lotze, Froebel estaban en lo correcto cuando declararon que «es necesario» creer en Dios; que, por lo tanto, el conocimiento de Dios es el principal conocimiento y el fin principal de la educación. Hay un elemento más por el cual reconoceremos esta ley perfecta de la libertad educacional, cuando el tal se haga evidente: se ha dicho que «la idea más precisa que se puede formar de la verdad absoluta es que, al ponerla a prueba, está en condiciones de cumplir con todas las condiciones impuestas». Tal es la realidad que podemos esperar de nuestra ley: que cumplirá con todas las pruebas experimentales y todas las pruebas de la investigación racional que se le impongan.

Como no hemos recibido las tablas de nuestra ley, recurrimos a Froebel o a Herbart; o, si pertenecemos a otra escuela educativa, a Locke o Spencer, pero aún no nos sentimos satisfechos. Hay un descontento, ¿será un descontento divino quizás?, por tanto, con seguridad debiéramos desarrollar una filosofía de la educación que sea viable y eficaz, para que nos libere de tanta incertidumbre; pero antes de lograr la liberación, es probable que se pongan en marcha tentativamente muchas iniciativas, que contengan más o menos las características de una filosofía; especialmente poseedoras de una idea central, un cuerpo de pensamiento que incluya varios elementos unidos en vital armonía.

Tal teoría de la educación, que no debiera llamarse un sistema de psicología, debe estar en armonía con las corrientes de pensamiento de los tiempos actuales, debe considerar la educación no como un compartimiento cerrado en sí mismo, sino como parte de la vida misma, tales como el nacimiento o el crecimiento, el matrimonio o el trabajo; y debe conectar al estudiante con el mundo a través de varios puntos de contacto. Es cierto que los expertos en educación están ansiosos por establecer este tipo de contacto en varias direcciones, pero sus esfuerzos descansan sobre un axioma aquí y una idea allá, sin una vasta base unificadora de pensamiento que sustente el todo.

Es verdad que, como dice el dicho inglés, «Los necios se lanzan adonde los ángeles temen pisar»; pero la esperanza de que surjan iniciativas tentativas hacia una filosofía de la educación, y que todas ellas nos acerquen más al *magnum opus*, la obra maestra, me anima a mí a intentarlo también. El pensamiento central, o más bien el conjunto de pensamientos sobre el cual me baso, es el hecho bastante obvio de que el niño es una persona que cuenta ya con todas las posibilidades y capacidades propias de la personalidad. Algunas de las nociones resultantes de este pensamiento han sido expuestas ocasionalmente por pensadores del ámbito educativo, y existen vagamente en el sentido común general. Una tesis que quizás es nueva es que la *Educación es la ciencia de las relaciones*, lo cual me parece que resuelve la cuestión de un currículo, pues indica que el objeto de la educación es poner a un niño en contacto vivo con lo mayor posible de la vida de la naturaleza y del pensamiento. Si a esto añadimos una o dos claves para el conocimiento de sí mismo, el joven así educado está en capacidad de salir al mundo con una comprensión inicial de cómo controlarse a sí mismo, con algunas habilidades prácticas, y muchos intereses vitales. La excusa que tengo para atreverme a ofrecer una solución, aunque tentativa y temporal, al problema de la educación es de doble arista: he trabajado sin pausa entre 30 a 40 años para establecer una teoría educativa tanto filosófica como pragmática, y, en segundo lugar, cada artículo de fe educativa que propongo es el resultado de procesos inductivos; y, creo, ha sido verificada por una larga y amplia serie de experimentos. Sin embargo, es con sincera vacilación que me atrevo a ofrecer los resultados de esta extensa labor, porque sé que en este campo hay muchos obreros muchísimo más capaces y expertos que yo. Es por eso que los ángeles temen pisar aquí, ¡esta área del conocimiento puede ser tan incierta!

No obstante, aunque sea para animar a otros, añadiré una breve sinopsis de la teoría educativa que se describe en los volúmenes de esta Serie educativa.

La estructura no es metódica, sino incidental; aquí se presenta una idea, allí se añade otra; así me pareció que podría satisfacer mejor las necesidades de padres y maestros. Debiera añadir que estos ensayos se prepararon a lo largo de varios años para el uso de la asociación educativa nacional de padres *Parents National Educational Union* (en adelante, PNEU) con la esperanza de que dicha comunidad pudiera contar con un cuerpo de pensamiento educativo más o menos coherente:

1. Los niños nacen siendo *personas*.
2. No nacen siendo buenos o malos, sino con potencial para el bien y para el mal.
3. Los principios de autoridad, por un lado, y de obediencia por el otro, son naturales, necesarios y fundamentales; no obstante,

4. Dichos principios se ven limitados por el debido respeto a la personalidad de los niños, la cual no debe infringirse ya sea por el miedo o el amor, las insinuaciones o la influencia, o la manipulación indebida de un deseo natural.

5. Por lo tanto, nos vemos limitados a tres instrumentos educativos: la atmósfera del entorno, la disciplina del hábito, y la presentación de ideas vivientes.

6. Cuando decimos que «la educación es atmósfera», no queremos decir que un niño debiera estar aislado en lo que se conoce como «ambiente infantil» especialmente adaptado y preparado para el niño, sino que debiéramos considerar el valor educativo de la atmósfera hogareña natural, tanto en cuanto a personas como a cosas, y que se le debería dejar vivir libremente en sus propias condiciones. Atrofia a los niños reducir el mundo a su nivel.

7. Por «educación es disciplina», entendemos la disciplina de los hábitos formados definitiva y cuidadosamente, ya sean mentales o corporales. La fisiología nos habla de la maleabilidad de las estructuras cerebrales a líneas habituales de pensamiento, es decir, a nuestros hábitos.

8. Que «la educación es vida» implica la necesidad de sustento intelectual y moral, igual que de sustento físico. La mente se alimenta de ideas y, por lo tanto, los niños deben contar con un plan de estudios abundante.

9. Pero la mente no es un mero receptáculo en donde se ponen las ideas, formando grupos de pensamientos unidos, como lo expuso Herbart.

10. Por el contrario, la mente del niño no es un mero depósito de ideas, sino que podemos usar la figura de un *organismo* espiritual que tiene apetito por la totalidad del conocimiento, el cual es su dieta adecuada y con la cual está listo para lidiar, y que puede digerir y asimilar tal como el cuerpo digiere el alimento.

11. Este aspecto no es un detalle menor. La doctrina de Herbart relega el peso de la educación (la preparación del conocimiento en bocados tentadores debidamente ordenados) sobre el maestro. Los niños instruidos con este principio están en peligro de recibir mucha instrucción y poco conocimiento; y el axioma del maestro es, 'lo que el niño aprende importa menos que cómo lo aprende'.

12. Pero nosotros, creyendo que el niño normal tiene capacidades mentales que lo capacitan para lidiar con todo el conocimiento apropiado para él, le damos acceso a un currículum completo y abundante; poniendo cuidado solo de que todo el conocimiento que se le ofrezca sea vital, es decir, que los hechos no se presenten sin las ideas que los sustentan. A partir de esta concepción surge nuestro principio de que:

13. «La educación es la ciencia de las relaciones»; es decir, que un niño se relaciona naturalmente con una gran cantidad de cosas y pensamientos: por ello lo instruimos en ejercicios físicos, el conocimiento de la naturaleza, los trabajos manuales, la ciencia y el arte, usando *muchos libros vivientes*, porque sabemos que nuestra tarea no es enseñarle todo sobre todas las cosas, sino ayudarlo a validar todo lo que pueda de:

«Tales afinidades primogénitas

Que moldean nuestra nueva existencia a las cosas ya existentes».

14. También existen dos directrices que se pueden impartir a los niños para una gestión propia tanto moral como intelectual, que llamamos 'la vía de la voluntad' y 'la vía de la razón'.

15. La vía de la voluntad: a los niños se les debe enseñar: (a) Que distingan entre 'quiero' y 'debo'. (b) Que la forma de llegar a hacer en forma efectiva es apartar nuestros pensamientos de lo que deseamos, pero no queremos hacer. (c) Que la mejor manera de cambiar nuestros pensamientos es pensar o hacer algo bien diferente, algo entretenido o interesante. (d) Que después de un poco de descanso de esta manera, la voluntad vuelve a su trabajo con renovado vigor (Este complemento de la voluntad lo conocemos como distracción, y su rol es librarnos por un tiempo de hacer un esfuerzo, para que podamos 'volver a querer hacer' con mayor ímpetu. El uso de la insinuación, inclusive la auto sugestión, como ayuda a la voluntad debe eliminarse, ya que tiende a aturdir y a estereotipar el carácter. Pensamos que la espontaneidad es una condición del desarrollo, y que la naturaleza humana necesita la disciplina del fracaso tanto como la del éxito).

16. La vía de la razón: Deberíamos enseñar a los niños a no 'poner (demasiada) confianza en su propio entendimiento'; porque la función de la razón es proporcionar una prueba lógica de: a) la verdad matemática, b) una idea inicial que la voluntad acepta. En el primer caso, la razón es, prácticamente, una guía infalible, pero en el segundo caso, no es siempre así, en cuyo caso, la razón confirmará con pruebas irrefutables si una idea está bien o mal.

17. Por lo tanto, a los niños se les debe instruir, a medida que lleguen a la madurez suficiente para comprender tal enseñanza, que la principal responsabilidad que recae sobre ellos como personas es aceptar o rechazar ideas.

Para ayudarlos en esta elección les damos principios de conducta, y una amplia gama de conocimiento apropiado para ellos.

Dichos principios (15, 16 y 17) librarán a los niños de pensamientos ilógicos y de acciones imprudentes que causan que la mayoría de nosotros viva en un nivel inferior al que debiéramos vivir.

20. No debiéramos permitir que surja ninguna separación entre la vida intelectual y 'espiritual' de los niños, sino que debiéramos enseñarles que el Espíritu de Dios tiene acceso constante a sus espíritus, y es su Ayudador permanente en todos los intereses, deberes y alegrías de la vida.

La serie educativa en su versión original en inglés se titula Home Education (educación en el hogar) por el título del primer volumen, y no porque se trate en su totalidad o principalmente sobre la educación en el hogar en vez de la educación en la escuela.

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

En este volumen presento a los padres y maestros un método educativo que se basa en la ley natural; y en este sentido, mencionar los deberes de la madre hacia sus hijos. Me atrevo a hablar sobre este tema con el más sincero respeto hacia las madres, creyendo que, tal como lo dijera un sabio maestro de hombres: «la mujer recibe del Espíritu de Dios mismo la capacidad de intuir el carácter del niño, de apreciar sus fortalezas y sus debilidades, la facultad de propiciar unas y sostener las otras, en lo cual se haya el misterio de la educación, aparte de la cual todas las medidas y regulaciones educativas propias resultan absolutamente vanas e ineficaces» [Reverendo F. D. Maurice]. Pero sólo en la medida que una madre cuente con esta percepción peculiar sobre sus propios hijos, sentirá, pienso, la necesidad de conocer los principios generales de la educación, basados en la naturaleza y las necesidades de todos los niños. Este conocimiento de *la ciencia de la educación*, ni siquiera las mejores madres recibirán de lo alto, ya que con frecuencia no se recibe como regalo lo que podemos obtener por nuestro propio esfuerzo.

Me atrevo a suponer que los maestros de niños pequeños también encontrarán útil este volumen. Estamos hablando del periodo de la vida del niño entre los seis y nueve años, cuando se debería asentar las bases de una educación rica y variada, así como el hábito de lectura con miras a la instrucción. Durante estos años el niño debería entrar al mundo del conocimiento, desde distintas direcciones, de una manera reposada y consecutiva, lo cual no se logra a través de las lecciones orales, muy comunes hoy en día. Espero que los maestros puedan descubrir que esta perspectiva (desde un nuevo punto de vista) hacia las resabidas «materias de instrucción» apropiadas para niños, sea interesante y estimulante, y que los métodos que aporta esta nueva mirada puedan ser inspiradores y útiles.

El objetivo particular de este volumen como parte de la serie educativa Charlotte Mason (*Home Education Series*, en inglés), es demostrar el efecto de la fisiología del hábito en la educación; por qué ciertos hábitos físicos, intelectuales y morales son valiosos para un niño, y qué se puede hacer para la formación de tales hábitos. Tengo una deuda impagable a *Fisiología mental* del Dr. Carpenter por su instrucción invaluable sobre los hábitos que contienen dos o más capítulos de esa obra. También agradezco a los expertos en medicina que han hecho una cuidadosa y competente revisión de las partes de esta obra que descansan sobre una base fisiológica.

Debiera añadir que hace unos veinte años (1885) la mayor parte de este volumen fue parte de una serie de «Conferencias para señoras», y se publicaron de esa forma originalmente en 1886 con el título que aún mantienen hoy.

Las conferencias VII y VIII y el apéndice del volumen original se han traspuesto a otros volúmenes de la serie. Todo se ha revisado muy cuidadosamente, y se ha añadido mucho nuevo contenido, especialmente en la Parte V «Las lecciones como instrumentos de la educación», la cual ahora entrega una introducción bastante completa a los métodos para la enseñanza de materias aptas para niños entre los seis y los nueve años.

El resto del volumen intenta abordar la totalidad de la educación desde la infancia hasta el noveno año de vida.

C. M. MASON.

Scale How, Ambleside (Inglaterra)

1905

Serie Educativa Charlotte Mason

PARTE I: ALGUNAS CONSIDERACIONES PRELIMINARES

I. MÉTODO EDUCATIVO

Los métodos educativos tradicionales. Hoy más que nunca es necesario que los padres enfrenten por sí mismos el asunto de la educación en todos sus aspectos. Hasta ahora, se ha criado a los niños principalmente con métodos tradicionales; la experiencia de nuestros antepasados sigue presente en una gran cantidad de fórmulas educativas que se transmiten de boca en boca; y pocas o muchas de dichas fórmulas componen el código educativo de cada hogar.

Sin embargo, entendemos muy poco la gigantesca revolución que está causando la ciencia en la teoría de la educación. Las tradiciones de los antepasados se han probado y han sido halladas insuficientes; tomará mucho tiempo para que los axiomas de la nueva escuela pasen a circulación común; y, mientras tanto, los padres están obligados a utilizar sus propios recursos, y por fuerza deben sopesar los principios, y adoptar un método de educación por sí mismos.

Por ejemplo, según el código pasado, una madre podría usar su zapatilla de vez en cuando [claramente la autora alude al conocido castigo de los niños], con buenos resultados y sin ninguna culpa; pero ahora, la persona del niño se considera sagrada, y sea esta opinión correcta o incorrecta, infligir dolor con fines morales es algo que se rechaza en forma bastante generalizada. Otro ejemplo es la antigua regla de la mesa de los niños que decía: «cuanto más simple mejor, y el hambre es el mejor aderezo»; ahora, la dieta de los niños debe ser al menos tan nutritiva y tan variada como la de sus mayores; y el apetito, el deseo por cierto tipos de alimentos, hasta ahora una tendencia viciosa que debía ser reprimida, es hoy, en el marco de ciertas limitaciones, la guía más confiable que siguen los padres para organizar una dieta para sus hijos.

Un principio del antiguo régimen, era que los niños debían instruirse para que soportaran las dificultades. «Nunca podré ser un marinero si no puedo enfrentar el viento y la lluvia», dijo un pequeño de cinco años que una noche invernal fue sacado para ver una procesión de antorchas; y, aunque temblaba de frío, no quiso refugiarse del mismo. Hoy en día, el refugio lo es todo; no se debe permitir que los niños sufran fatiga o pasen tiempo a la intemperie.

La antigua teoría podía resumirse en que los niños hicieran lo que se les pidiera, que se preocuparan de sus libros [estudiaran] y que disfrutaran del juego cuando ya habían cumplido sus deberes. Hoy, el placer de los niños tiene más importancia que los deberes.

Antiguamente, fueron criados en sujeción; ahora, los ancianos ceden su lugar, y el mundo se modifica para los niños.

Los ingleses rara vez llegan tan lejos como los padres de aquella historia en la revista *French Home Life*, que llegaron una hora tarde a una cena, porque su hija de tres años había querido que se pusieran la ropa de dormir y se fueran a la cama cuando ella lo hizo, y solo pudieron salir cuando la niña estaba dormida. Es verdad que no llegamos tan lejos, pero esa es la dirección hacia la que nos encaminamos; por ello, hasta qué punto las nuevas teorías educativas son sabias y humanas, y el resultado del conocimiento científico y psicológico, y hasta qué punto están al servicio de la idolatría de los niños a la cual todos estamos sucumbiendo, no es una cuestión que se debiera decidir livianamente.

En todo caso, no es muy exagerado declarar que los padres que no siguen razonablemente un método de educación, estudiado en su totalidad, fallan hoy—más que nunca—en cumplir con las obligaciones que deben a sus hijos.

El método como un camino hacia un fin. El método implica dos cosas: es un medio para lograr un fin, y es también el paso a paso en tal dirección; en otras palabras, seguir un método implica una idea, una imagen mental del fin u objetivo al que se quiere llegar. ¿Qué se propone usted que sea el efecto que ejerza la educación en su hijo, y para beneficio de él? Reiteramos que el método es natural; fácil, flexible, discreto, simple como lo es la naturaleza misma; sin embargo, es vigilante, cuidadoso, influye en todo, y afecta todas las cosas. El método, cuando tiene como fin la educación, toma para su servicio los asuntos más improbables para ese fin; y lo hace de una manera tan natural como lo hace el sol cuando solo al brillar hace que soplen los vientos y que fluyan las aguas. La madre y el padre que *pueden y están dispuestos*—en otras palabras, la fuerza exacta del método—a educar a sus hijos, usarán todas las circunstancias de la vida del niño casi sin que se lo propongan; así de fácil y espontáneo es un método educativo basado en la ley de la naturaleza. Ya sea cuando el niño coma o beba; venga, vaya o juegue todo el tiempo, se está educando, aunque es igual de inconsciente de ello como lo es de respirar. Sin embargo, siempre existe el peligro de que un método confiable se degenera y se convierte en un mero sistema. Por ejemplo, el *método del kindergarten* o jardín de infantes, merece el nombre de método, ya que fue concebido y perfeccionado por educadores de gran corazón con el fin de contribuir a la evolución multifacética del más complejo ser humano viviente y en crecimiento, pero que, en manos de practicantes ignorantes se convierte en ¡un miserable sistema duro como un trozo de madera!

El sistema es más fácil que el método. Un «sistema educativo», es una atractiva quimera, y lo es aún más, en algunos aspectos, que un método, porque el sistema se debe a resultados medibles y definidos. Por medio de un sistema, se puede lograr un cierto progreso, siguiendo reglas determinadas; por ejemplo, aprender la taquigrafía [hoy en día se podría reemplazar esto con aprender a tipear], danzar, cómo aprobar exámenes, cómo convertirse en un buen contador, o llegar a ser una mujer que se maneja socialmente, son todos aprendizajes que se pueden lograr usando sistemas.

El sistema. El sistema, es decir, seguir reglas hasta que se afiance el hábito de hacer ciertas cosas, y de comportarse de ciertas maneras, y, por lo tanto, hasta que la habilidad sea adquirida—logra tan buenos resultados precisos que no es de extrañar que se intente infinitamente restringir todo el campo de la educación a los límites de un sistema.

Si un ser humano fuera una máquina, la educación solo lograría hacerlo actuar de la manera prescrita, y el trabajo del educador sería simplemente adoptar un buen sistema de trabajo o un conjunto de sistemas.

No obstante, el educador lidia con un ser que actúa y se desarrolla por sí mismo, y su afán es guiar y ayudar para que se produzca el bien latente en dicho ser, y se disipe el mal latente, preparar al niño para que asuma su lugar en el mundo *dando lo mejor de él*, y con todas las capacidades para el bien que él posee, totalmente desarrolladas y convertidas en la facultad del hacer.

Aunque el sistema es muy útil como instrumento de la educación, un «sistema educativo» es perjudicial ya que produce solo una acción mecánica en lugar de producir el crecimiento y movimiento vitales de un ser vivo.

Vale la pena señalar en qué difieren un sistema y un método porque muchas veces los padres se dejan llevar por algún meritorio «sistema» cuyo objetivo es generar desarrollo en una dirección—ya sea de los músculos, de la memoria, o de la facultad del razonamiento—y ya están satisfechos, como si ese desarrollo representara una educación completa. Esta satisfacción fácil surge de la pereza de la naturaleza humana, a la cual le agrada más un plan definido que la vigilia constante y la acción no prevista que se necesitan cuando la totalidad de la existencia de un niño se debe usar como el medio para su educación. ¿Pero quién tiene todo lo necesario para realizar una educación tan exhaustiva e incesante? Los padres pueden estar dispuestos a realizar cualquier iniciativa definida por el bien de sus hijos; pero estar siempre proveyendo para su bienestar, siempre ingeniándose las para que las circunstancias que los rodean le sean favorables, ¡es propio de un dios, y no de un ser humano! Ésta es una objeción bastante razonable, si uno considera la educación como una serie interminable de esfuerzos independientes, que se piensan uno a uno, y se realizan sin planificación; pero el hecho es que algunos principios esenciales generales cubren todo el campo, y una vez que éstos se entienden por completo, actuar en función de ellos es tan fácil y natural como cuando actuamos en función de nuestro conocimiento de datos como que el fuego quema y el agua fluye. Mi esfuerzo en éste y en los capítulos subsiguientes será presentarles dichos principios fundamentales en su sentido práctico. Mientras tanto, consideremos uno o dos asuntos preliminares.

II. LA CONDICIÓN DEL NIÑO

El niño en medio. Primero, consideremos al niño que ha sido encomendado a sus padres humanos: ¿dónde está y qué es el pequeño ser? ¿Acaso una hoja en blanco en la que se escribirá, o una rama que se doblará, o una masa que se moldeará? Quizás sea todo ello, pero es mucho más: es un ser que pertenece a un rango completamente más alto que el nuestro; o, por así decirlo, un príncipe al cuidado de unos campesinos. Escuchemos cómo estima Wordsworth la condición del niño:

«Nuestro nacimiento no es más que un sueño y un olvido:
El alma que se eleva con nosotros, nuestra estrella de la vida,
Ha tenido en otra parte su escenario,
Y viene de lejos;
No en completo olvido,
Tampoco en completa desnudez,
Mas persiguiendo nubes de gloria venimos
De Dios, que es nuestro hogar:
¡Rodeados del cielo en nuestra edad más temprana!»

«Tú, cuyo semblante exterior esconde
La inmensidad de tu alma;

Tú, filósofo por excelencia, que aún mantienes
Tu herencia, tu vista entre los ciegos,
Que, sordo y silencioso, lees la profundidad eterna,
Perseguido por siempre por la mente eterna,
¡Poderoso profeta! ¡Vidente bendito!
En quien estas verdades descansan,
Y que nosotros luchamos toda la vida por encontrar;
Tú, sobre quien tu inmortalidad
Se obsesiona como un día, cual amo sobre su esclavo,
Una presencia que a resguardo no se debe dejar;
Tú, niño, pequeño, pero glorioso en el poder
De la libertad proveniente del cielo dispuesta en la estatura de tu ser».

Continúa así sucesivamente toda esa gran oda [se trata de «Atisbos de la inmortalidad en los recuerdos de la primera infancia» del poeta inglés William Wordsworth], que, después de la Biblia, otorga la comprensión más profunda de los niños en términos de su naturaleza y condición. «De los tales es el reino de los cielos». «A menos que seáis como niños pequeños, no entraréis en el reino de los cielos». «¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?» «Y llamó a un niño y lo puso en medio de ellos». He aquí la valoración divina de la condición del niño. Vale la pena que los padres reflexionen cada enunciado de los Evangelios sobre los niños, despojándose de la noción de que estos dichos son atingentes, *en primer lugar*, a las personas adultas que se han convertido en niños pequeños. No cabe aquí discutir lo que estos profundos dichos son, ni lo que significan; solo que parece que abarcan mucho más de lo que Wordsworth declara que son los niños en su expresión sublime:

«Persiguiendo nubes de gloria venimos
De Dios, que es nuestro hogar».

Código de educación en los evangelios. Es posible que los padres que no han prestado mucha atención al tema se sorprendan al descubrir también un código de educación en los Evangelios, expresamente establecido por Cristo. Se resume en tres mandamientos, los tres en voz negativa, como si lo principal que deben hacer las personas adultas es no causar ningún daño a los niños: *Mirad que no OFENDÁIS, no MENOSPREDIÉIS, no TROPECÉIS a ninguno estos pequeños.*

Así son las tres leyes educativas del Nuevo Testamento, las cuales, al examinarse por separado, me parece que abarcan toda la ayuda que podemos dar a los niños y todo el daño que les podemos evitar, es decir, todo lo que se incluye al instruir al niño en su camino. Consideremos estas tres grandes leyes como prohibitivas, con el fin de despejar el terreno y llegar a la consideración de un método educativo, ya que, si dejamos resuelto desde ahora lo que *no* debíamos hacer, será de gran ayuda para ver lo que *sí* podemos hacer, y debemos hacer, aunque, de hecho, lo positivo está incluido en lo negativo, es decir, lo que estamos obligados a hacer por el niño está incluido en lo que no debemos hacer porque le causa daño.

III. OFENDER A LOS NIÑOS

Ofensas. El primero y el segundo de los edictos divinos parecen incluir nuestros pecados de comisión y omisión contra los niños: los ofendemos, cuando hacemos por ellos lo que no debimos haber hecho; los despreciamos, cuando dejamos de hacer esas cosas que, por su bien, deberíamos haber hecho. Sabemos que una ofensa es literalmente un obstáculo, lo que hace tropezar al caminante y lo hace caer.

Las madres saben lo que es despejar el piso de los obstáculos cuando un bebé da sus primeros pasos vacilantes de silla en silla, o de un par de brazos amorosos a otro. La pata de la mesa, el juguete en el suelo, lo que sea que ha provocado una caída y un llanto, es algo lamentable; ¿por qué alguien no lo quitó para que el bebé no tropezara? Pero así va el niño pequeño saliendo al mundo con pasos vacilantes e inciertos en muchas direcciones; allí hay causas de tropiezo que no son tan fáciles de eliminar como un taburete ofensivo; ¡y ay del que haga tropezar al niño!

Los niños nacen con el sentido de obediencia a la ley. «¡Bebé malo!» dice la madre; el niño baja los ojos, y un rubor surge en su cuello y semblante, «qué gracioso» piensan algunas personas y dicen: «¡Bebé malo!» cuando el bebé está jugando dulcemente, para divertirse al ver que el alma infantil se eleva visiblemente ante sus ojos. Pero, ¿qué significa esta muestra de sentimiento, de conciencia, en el niño, previa a toda enseñanza humana recibida? Nada menos que esto: que ha nacido como un ser respetuoso de la ley, con un sentido de lo que se debe y lo que no se debe, de lo correcto y lo incorrecto. Así es como los niños han sido enviados al mundo, con esta advertencia: «Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños». A pesar de esta verdad, ¿quién no ha conocido a niñas y niños grandes, hijos de padres sensatos, pero que aún no saben lo que significa *debo*, que no han aprendido a cumplir sus obligaciones, y cuyos corazones no sienten el solemne llamado del *deber*, sino que la única regla que saben es «quiero» y «no quiero» o «me gusta» y «no me gusta»? ¡Qué el cielo ayude a los padres y a los niños cuando han llegado a tal realidad!

Pero, ¿cómo se ha llegado a que el bebé, con su agudo sentido de lo correcto y lo incorrecto incluso cuando poco entiende el habla humana, llegue a convertirse en un niño o niña que ya demuestra «la maldición del corazón sin ley»? Pues, lenta y gradualmente, aquí un poco y allá otro poco, y en la medida que todo lo bueno o lo malo del carácter llega a ponerse en práctica. ¡Malo! dice la madre, nuevamente, cuando una pequeña mano se mete en las galletas; y un par de ojos pícaros la buscan furtivamente, para medir hasta dónde puede llegar el pequeño ladronzuelo. Es muy divertido; la madre «solo puede reírse»; y deja pasar la pequeña falta: pero lo que la pobre madre no ha pensado es que una causa de tropiezo, una ofensa, ha sido arrojada en el camino de su hijo de dos años. Él ahora ya sabe que lo que es 'malo' se puede hacer igual y con algo de impunidad, y continuará mejorando ese conocimiento. No es necesario continuar; todo el mundo sabe los pasos por los cuales se ignora el «no» de la madre, y su negativa se convierte en consentimiento. El niño ha aprendido a creer que no tiene nada que superar más que la oposición de su madre; si ella *elige* permitirle hacer esto y aquello, entonces no hay razón por la que ella se oponga; él puede hacer que ella elija permitirle hacer lo prohibido, y entonces podrá hacerlo. El siguiente paso del argumento no es muy positivo para el ingenio infantil: si la madre hace lo que ella quiere, por supuesto él también hará lo que quiera, *si fuera posible*, y a partir de entonces, la vida del niño es una lucha constante para salirse con la suya; una lucha en la cual los padres pueden estar seguros de salir perdiendo, considerando que ellos tienen muchas responsabilidades en las que pensar, mientras que su hijo piensa sin cesar en el asunto que le interesa.

Los niños deben percibir que sus autoridades se rigen por la ley. ¿Cuál es el origen de esta compleja situación que mancha las vidas de padres e hijos por igual? En esto: que la madre comenzó su tarea sin suficiente sentido del deber; se creía libre de permitir y prohibir; de decir y desdecirse a su gusto, como si el niño fuera suyo para hacer lo que ella quisiera. El niño nunca descubrió un telón basado en el *deber* tras las decisiones de su madre; él no sabe que ella no debe dejar que él rompa los juguetes de su hermana, comer pastel sin límite, ni estropear el placer de otras personas, porque estas cosas no son correctas. Pero si el niño percibe que sus padres están obligados por la ley tanto como él, que simplemente no pueden permitirle que haga las cosas que le han sido prohibidas, y se someterá con la dulce mansedumbre propia de su edad. Por lo general, razonar con un niño para que obedezca está fuera de lugar y puede implicar sacrificar la dignidad de los padres; pero el niño es lo suficientemente listo como para atisbar el "deber" que rige a su madre, en su cara, en sus modales, y en el hecho de que ella no cambiará de resolución cuando se trate de hacer lo bueno o lo malo.

Los padres pueden ofender a sus hijos haciendo caso omiso de las leyes sanitarias. Esto de permitirle hacer lo malo, es solo una de las muchas formas en que la madre amorosa puede ofender a su hijo, pero la ignorancia o la obstinación, que es peor, pueden no solo permitirle hacer lo malo, sino también hacerle mal. Ella misma puede hacerle tropezar en su vida física al darle comida no saludable, dejarlo dormir y vivir en habitaciones mal ventiladas, al ignorar cualquiera o todas las evidentes leyes sanitarias, ignorancia que casi no se puede justificar considerando los grandes esfuerzos hechos de la comunidad científica por poner dicho necesario conocimiento al alcance de todos.

Sobre la vida intelectual. Bastante parecida es la forma en que la vida intelectual del niño puede destruirse desde su origen gracias a una serie de clases tediosas y lentas en las cuales lo menos que se logra o se espera es un progreso definitivo, y que, lejos de educar en un sentido verdadero, aturde el ingenio de una manera que nunca se supera. Muchas niñas pequeñas, especialmente, abandonan el aula de la escuela con una aversión hacia todo tipo de aprendizaje, una aversión al esfuerzo mental, que dura toda su vida, y es por eso que cuando crecen, leen poco y novelas de mala calidad, y se dedican a hablar todo el día sobre su ropa.

Sobre la vida moral. ¿Cómo se abordan los afectos del niño, aquellas expresiones del corazón tierno que nada esconde? Hay pocas madres que no se esfuerzan por apreciar los afectos familiares; pero cuando el niño llega a relacionarse con aquellos fuera de su círculo familiar, ¿acaso no es verdad que los adagios y motivos del mundo destruyen las incipientes muestras de amor infantil? Algo mucho peor sucede cuando el amor del niño no se encuentra correspondido en su propio hogar: cuando una niña no es la bonita de la familia o un niño es el aburrido de la familia, y allí se queda como abandonado en el frío, mientras el afecto de los padres se prodiga sobre el resto de la prole. Por supuesto que la niña no ama a sus hermanos y hermanas, quienes monopolizan lo que también debería haber sido suyo. ¿Y cómo va a amar a sus padres? Nadie conoce la verdadera angustia que muchos infantes sufren por esta causa, ni cuántas vidas se han amargado y arruinado por la supresión de estas afecciones infantiles. "Tuve una infancia miserable", me dijo una señora hace un tiempo, "por el cariño preferente de mi madre hacia mi hermano pequeño; no había un día en que no me sintiera miserable cuando ella entraba en la guardería para abrazarlo a él y jugar con él, mientras que para mí no había ni una palabra, ni una mirada, ni una sonrisa, como si yo no hubiera estado presente en la habitación. Nunca lo he superado; ahora ella es muy amable conmigo, pero no logro sentirme completamente cómoda

con ella. ¿Y cuánto nos hubiéramos querido como debiéramos, mi hermano y yo, si hubiéramos crecido juntos recibiendo el mismo afecto cuando éramos chiquitos?"

IV. MENOSPRECIAR A LOS NIÑOS

La madre debiera ofrecer a sus niños lo mejor de ella. Supongamos que una madre *podiera* ofender a su hijo, ¿cómo es posible que lo menospreciara de tal forma? El diccionario define menospreciar como desestimar y tener en poco; y, de hecho, por mucho que nos deleitemos en los niños, los adultos tenemos una opinión demasiado baja de ellos. Si la madre no mirara en menos a su hijo, ¿lo dejaría acaso en compañía de una persona sin preparación durante sus primeros años de vida, cuando toda su naturaleza, tal como el lente sensible del fotógrafo, está recibiendo impresiones indelebles a cada momento? Pero esta persona que lo cuida trata bien al niño; además, puede que no sea muy adecuado que las personas educadas tengan a sus hijos siempre cerca; acaso la compañía constante de los padres estimule demasiado al niño; y, por último, el intercambio de ideas y la influencia de otras personas son importantes para que la madre se encuentre más refrescada para tratar con sus hijos. Sin embargo, los niños deberían recibir *lo mejor* de su madre, sus horas de mayor energía y entusiasmo; al mismo tiempo que ella pone cuidado en elegir sabiamente a quién cuidará a su hijo, capacitar a esta persona cuidadosamente y vigilar todo lo que sucede en la guardería [A fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, era común en las clases acomodadas de Inglaterra contar con una habitación especialmente dedicada a los niños de la casa, en la cual había una o más niñeras que cuidaban y educaban a los niños hasta la edad de 9 años. Esta sección se refiere a tal lugar, aunque bien podría aplicarse hoy en cierta medida a la guardería, aunque difiere ésta última en que reúne a niños de diversas familias].

La persona que cuida a los niños. Las meras faltas de educación y descomedimientos de la cuidadora causan un daño que puede durar mucho en los tiernos niños; así, muchos de ellos dejan la guardería con la conciencia moral embotada, y en una condición de aislamiento de su Padre celestial que podría durarles toda la vida. El sentido moral del niño es extremadamente rápido; sus ojos y oídos están en total alerta al más mínimo acto o palabra de injusticia, engaño o falsedad. Su cuidadora dice: «No te acuso, si te portas bien»; y el niño aprende que *es posible* ocultar cosas de su madre, quien para él debiera ser como Dios, sabiendo todo el bien y el mal que él hace. Y no es que el niño tome nota de las malas decisiones de sus mayores con aversión; es verdad que él sabe lo que está mal pero ya no confiará en sus propias intuiciones, sino que moldeará su vida a partir de cualquier otro patrón de conducta que se presente ante él, y gracias al tinte fatal de la naturaleza humana ya presente en él, estará más dispuesto a imitar un patrón malo que uno bueno. Dé al niño entonces una cuidadora que sea tosca, violenta y deshonesto, y antes de que el niño pueda hablar claramente ya habrá adquirido tales disposiciones de carácter.

Las faltas de los niños deben tomarse en serio. Una de las muchas maneras en que los padres tienden a tener una opinión demasiado baja de sus hijos es en relación con sus faltas. Un pequeño da muestra de un feo rasgo del carácter: es codicioso, y devora la porción de golosinas de su hermana, así como la suya; es vengativo, y está listo para morder o luchar contra la mano que lo ofende; dice una mentira tal como “que no tocó la bolsa de golosinas ni el tarro de las galletas”; y la madre pospone el día malo, ella sabe que en algún momento debe lidiar con el niño por esas

ofensas, pero mientras tanto dice: «Bueno, por esta vez no importa; es muy pequeño y ya aprenderá a portarse mejor». Pero no se da a la situación la importancia que debiera tener. ¡Qué días felices garantizaría la madre tanto para ella como para sus hijos, si ella misma se apostara como un vigía en el grifo que da rienda suelta a las aguas! Si la madre resolviera estar consciente de que el niño siempre comete el mal estando en conocimiento de su mal comportamiento, entonces verá que él no es demasiado pequeño para corregir o prevenir su falta. Lidie con el niño en su primera falta, una mirada seria es suficiente para condenar al pequeño transgresor; pero déjelo continuar hasta que se forme un hábito de hacer el mal, y la cura será lenta; en cuyo caso la madre no tendrá ninguna posibilidad hasta que haya formado en él un hábito contrario correcto. Reírse de los malos temperamentos y dejarlos pasar porque los niños son pequeños equivale a sembrar al viento.

V. IMPEDIR A LOS NIÑOS

La relación del niño con Dios todopoderoso. La forma más fatal de menospreciar a los niños se encuentra en la tercera ley educativa de los Evangelios, y consiste en pasar por alto y tomar a la ligera la relación natural del niño con Dios todopoderoso. «Dejad a los niños venid a mí», dice el Salvador, como si fuera algo natural para los niños, lo que ellos hacen cuando sus mayores no se lo impiden. Quizás no sea algo tan inimaginable creer en este mundo redimido, que, tal como el infante se torna hacia su madre aún sin las facultades para decir su nombre, y las flores se vuelven hacia el sol, así también los corazones de los niños se tornan a su Salvador y Dios, con inconsciente deleite y confianza.

Teología infantil. Ahora escuche lo que sucede en muchas guarderías: «¡Dios no te ama, niño travieso y malvado!» o «Dios te enviará al infierno», y así sucesivamente, ¡y esta es toda la enseñanza práctica que recibe el niño sobre cómo actúa su Dios amoroso! Nunca una palabra en todo el día sobre cómo Dios ama y aprecia a los pequeños, y llena sus horas de deleites; agregue a esto oraciones superficiales e insípidas, conversaciones improductivas sobre cosas divinas en su presencia, uso trivial de palabras santas, escasas señas que indiquen al niño que para sus padres las cosas de Dios son más importantes que cualquier otra cosa del mundo, y así se es impedimento para el niño, en forma tácita se le ha prohibido el «venir a Mí». Todo esto ocurre, a menudo, con padres cuyos corazones, en lo más profundo, solo desean que Dios sea lo más deseado. ¿En dónde radica el daño? En el mismo fatuo menosprecio de los niños; en la noción de que la vida espiritual los niños solo empieza cuando se les antoja a sus mayores producirla.

VI. CONDICIONES PARA UNA ACTIVIDAD CEREBRAL SALUDABLE

Después de haber abordado el extenso campo de las prohibiciones, estamos preparados para considerar qué es, definitiva y certeramente, lo que la madre le debe a su hijo en el nombre de la Educación.

Todo esfuerzo mental implica desgaste del cerebro. Para comenzar, las facultades más educables del niño, es decir, su inteligencia, su voluntad, y sus sentidos morales, se asientan en el cerebro; esto significa que, así como el ojo es el órgano de la vista, así el cerebro, o una parte de

él, es el órgano del pensamiento y la voluntad, del amor y la adoración. Los expertos difieren en cuanto a hasta qué punto es posible delimitar las funciones del cerebro; pero lo que parece bastante claro al menos es que todas las funciones mentales se realizan implicando una actividad real en la masa de materia nerviosa blanca y gris denominada «cerebro». Esto no es un asunto que incumbe solo al fisiólogo, sino a cada madre y padre de familia, porque si queremos que este maravilloso cerebro, por medio del cual podemos pensar, actúe de manera saludable y en armonía con el actuar saludable de sus miembros, debiera hacerlo solo en un contexto de ejercicio, descanso y nutrición similar al que de todas las demás partes del cuerpo para que funcionen óptimamente.

Ejercicio. La mayoría de nosotros ha conocido unas pocas personas excéntricas y a bastantes personas insensatas, por lo que nos preguntamos si acaso estas personas nacieron con menos facultad cerebral que las demás. Probablemente no; pero si se les permitió crecer sin el hábito diario del esfuerzo moral y mental apropiado, si se les permitió holgazanear durante la juventud sin hacer un trabajo mental o volitivo frecuente y sostenido, el resultado sería el mismo, y el cerebro que debería haberse robustecido gracias a ese ejercicio diario, se ha vuelto flácido y débil, tal como lo estaría un brazo sano después de haber sido llevado por años amarrado en una escayola. El cerebro activo de gran tamaño no se contenta con la ociosidad total; traza líneas por sí mismo y funciona a ratos, y el hombre o la mujer se vuelven excéntricos, porque el esfuerzo mental benéfico, igual que el moral, debe llevarse a cabo en sometimiento a la disciplina de las reglas. Un sagaz escritor ha dicho que la indolencia mental puede haber sido algo de la causa de esos lamentables ataques de depresión y trastorno que sufrió el pobre poeta William Cowper; la creación de bellos versos cuando «le picaba el bicho» no era suficiente esfuerzo mental para alcanzar el bienestar.

Por tanto, la consecuencia es que no se debe dejar que los niños pasen ni un día sin *esfuerzos* específicos, tanto intelectuales, como morales, y volitivos; que se esfuercen por entender; que se obliguen a sí mismos a hacer y soportar; y que hagan lo correcto sacrificando la comodidad y el placer: y esto por muchas razones más sublimes, de las cuales la más básica es que el mismo órgano físico de la mente y la voluntad pueda crecer vigoroso gracias al esfuerzo.

El descanso. La misma importancia radica en el suficiente descanso del cerebro; es decir, que descanse y trabaje en forma alternada. Aquí entran en juego dos consideraciones. En primer lugar, cuando el cerebro está trabajando activamente, ocurre lo mismo que en cualquier otro órgano del cuerpo en las mismas circunstancias; es decir, un gran suministro adicional de sangre llega a la cabeza para nutrir el órgano que se desgasta con el esfuerzo. Aquí se debe poner atención porque en los vasos sanguíneos no hay una cantidad indefinida de lo que por el momento llamaremos sangre excedente, sino que el suministro está regulado según el principio de que solo un conjunto de órganos debiera estar en actividad excesiva a la vez—una vez las extremidades, otra vez los órganos digestivos, después el cerebro; así, toda la sangre que no sea vital en otras funciones va a apoyar aquellos órganos que trabajan en un determinado momento.

El descanso después de las comidas. El niño acaba de almorzar (que es la comida del día que provoca el mayor esfuerzo en sus órganos digestivos) y durante dos o tres horas después de comer, estos órganos están realizando mucho trabajo, y la sangre que no es vital en otras funciones, está allí presente para ayudar. Si usted envía al niño a dar un largo paseo *inmediatamente* después de la comida, hará que la sangre vaya a las extremidades que se mueven,

y que la comida quede a medio digerir; si el niño se acostumbra a comer y después a moverse, terminará con problemas crónicos de digestión. Lo mismo si se le envía a trabajar en sus clases después de una comida pesada; la sangre que debería haber estado ayudando en la digestión de la comida se va al cerebro que trabaja.

En consecuencia, las horas de clases debieran elegirse cuidadosamente, después de períodos de descanso mental (como dormir o jugar, por ejemplo), y cuando ninguna otra parte del sistema está realizando una actividad excesiva. Por ello, la mañana, después del desayuno (cuya digestión no es una tarea de envergadura dado que se trata de una comida liviana) es el mejor momento para las lecciones y todo tipo de esfuerzo mental; si no se puede dedicar toda la tarde a la recreación al aire libre, entonces ese es el momento para realizar tareas mecánicas, como costuras, dibujo, o la práctica de un instrumento. La mente de los niños está suficientemente despierta en la tarde, pero el inconveniente del trabajo al final del día es que el cerebro, una vez incitado a la acción, se inclina a continuar su trabajo más allá de la hora de acostarse, lo que provoca los sueños, el insomnio y el sueño intranquilo del pobre niño que ha estado trabajando hasta el último minuto. Si no se puede evitar que los niños mayores trabajen por la tarde, debieran por lo menos disfrutar una o dos horas de amena actividad social antes de acostarse; pero, sin duda, por el bien de los niños debiéramos abolir las «tareas» vespertinas.

Cambio de ocupación. Según Huxley [biólogo y antropólogo británico, en su obra *Lessons in Elementary Physiology*, publicada en 1915, cuando no existía todavía la elevada tecnología actual en esta área], «No existe ninguna prueba satisfactoria en este momento, de que la manifestación de ningún tipo particular de facultad mental esté especialmente asignada o conectada con la actividad de un área particular o los hemisferios cerebrales», dictamen que contradice la frenología [antigua doctrina psicológica según la cual las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y en correspondencia con relieves del cráneo.], pero que nos llega desde un expertizaje que es imposible poner en duda. Así, entendemos que no es posible determinar la localización de las 'facultades'—decir que se es cauteloso con esta fracción del cerebro y que se ama la música con otra parte; pero una cosa sí es cierta, y muy importante para el educador: que el cerebro, o alguna parte del cerebro, se agota cuando ha estado realizando una función determinada durante demasiado tiempo. El niño que ha estado haciendo sumas un largo rato inexplicablemente no puede pensar, por tanto, que lea algo de historia, y verás que su mente vuelve a estar activa. Lo que ha pasado es que la imaginación, que no se ocupa para hacer sumas, ha entrado en acción durante la clase de historia, y el niño despierta una facultad viva e inagotable para realizar su nuevo trabajo. Los horarios de la escuela generalmente se elaboran con miras a darle al cerebro del niño un trabajo variado, pero el secreto del cansancio que a menudo se ve en los niños durante sus clases es que no se ha usado dicha sabia alternación entre las lecciones.

Alimento. Repetimos que el cerebro no puede hacer su trabajo a menos que esté nutrido abundante y adecuadamente. Alguien calculó cuántos gramos del cerebro se usaron en la producción de, por ejemplo, *El paraíso perdido*; cuántos gramos en esto otro, etc., pero sin entrar en cálculos aritméticos de esta naturaleza, podemos decir con seguridad que todo tipo de actividad intelectual implica un desgaste de los tejidos cerebrales; una red de vasos sanguíneos suministra una enorme cantidad de sangre a este órgano para compensar por dicho desgaste de materia; y es por ello que el vigor y la salud del cerebro dependen de la calidad y cantidad del suministro de sangre.

Algunas cosas que afectan la calidad de la sangre. Pues bien, la calidad de la sangre se ve afectada por tres o cuatro cosas. En primer lugar, la sangre es elaborada a partir de la comida; por lo que mientras más nutritivos y fáciles de digerir sean los alimentos, más *vitales* serán las propiedades de la sangre. La comida también debiera ser variada, consistir en una dieta mixta, porque se necesitan diferentes ingredientes para compensar los diversos desgastes en los tejidos. El desgaste en los niños es impactante con sus idas y venidas interminables, su constante movimiento, su energía, incluso el movimiento de la lengua, todo implica un desgaste de la materia tangible: la pérdida no se puede apreciar, pero algo pierden con cada salida *in promptu*, ya sea al aire libre o al interior. No hay duda de que la ganancia en facultades que genera el ejercicio es más que compensación por la pérdida de materia tangible; pero, de todos modos, esta pérdida debe repararse rápidamente. Pero no es solo el cuerpo del niño más activo en proporción con el del hombre, sino que, en comparación con el hombre, el cerebro del niño está en esfuerzo y movimiento permanentes. Se calcula que, aunque el cerebro de un hombre no pesa más que una cuadragésima parte de su cuerpo, un quinto o un sexto de todo su complemento sanguíneo se destina a nutrir este delicado e intensamente activo órgano; pero, en el caso del niño, una proporción considerablemente mayor de su sangre se destina al sustento de su cerebro. Y todo el tiempo, además de estas excesivas demandas que pesan sobre él, ¡el niño tiene que crecer! no solo para compensar por la pérdida ocurrida, sino para producir nueva materia cerebral y corporal.

Acerca de las comidas. La conclusión obvia es que el niño debe estar bien alimentado. La mitad de las personas de baja vitalidad que conocemos han sido víctimas de una deficiente alimentación durante su infancia; con más frecuencia debido a que sus padres no estaban conscientes de su deber al respecto, que debido a no hubieran estado en condiciones de proporcionar a sus hijos la dieta necesaria para su pleno desarrollo físico y mental. Las comidas regulares a intervalos *continuos*, por regla general—almuerzo, nunca a más de cinco horas después del desayuno; colación de la tarde, innecesaria; alimentos animales, una vez al día, y si fueran ligeros, dos veces al día—son las sugerencias de sentido común que se siguen en la mayoría de los hogares bien controlados. Pero no es la comida que se *come*, sino la comida la que se *digiere*, lo que nutre el cuerpo y el cerebro, y es aquí donde hay tanto que es urgente por considerar, que solo podemos abordar dos o tres aspectos más obvios. Todo el mundo sabe que los niños no deben comer pasteles, ni carne de cerdo, ni carnes fritas, ni queso, ni alimentos pesados ni muy saborizados no importa lo que sean; que la pimienta, la mostaza y el vinagre, las salsas y las especias deberían estar prohibidas, así como el pan nuevo [¿pan caliente recién horneado, quizás?], las tortas y las mermeladas pesadas, como ciruela o grosella espinosa, en las que se conserva la cáscara de la fruta; que la leche [obviamente, en su tiempo, se trataba de leche de vaca original sin pasteurizar], o la leche y el agua no demasiado calientes, o el cacao, es la mejor bebida para los niños, y que se les debe instruir que no beban nada hasta que hayan terminado de comer; que la fruta fresca en el desayuno es invaluable; y cumpliendo el mismo objetivo, las sopas de avena y melaza, y la grasa del tocino tostado, son valiosos alimentos para el desayuno; y que también, un vaso de agua tomado al final de la noche y uno al principio de la mañana, es útil para promover esos hábitos regulares de los que depende gran parte la comodidad de la vida.

La conversación durante las comidas. No es necesario recomendar todo esto, y mucho más de lo mismo; pero, permítaseme insistir que son los alimentos *digeridos* los que nutren el sistema, y las personas tienden a olvidar hasta qué punto las condiciones mentales y morales afectan los procesos de digestión. El hecho es que los jugos gástricos que actúan como solventes para las

viandas solo se secretan libremente cuando la mente está alegre y contenta. Si al niño no le gusta su cena, la come, pero la digestión de esa comida desagradable es un proceso laborioso y muy difícil. Lo mismo ocurre si se come en silencio: sin el solaz de una conversación agradable, el niño pierde gran parte de lo «bueno» de su cena. Por lo tanto, no se trata en absoluto de mimos, sino que se trata de salud, de nutrición adecuada, se trata de que los niños disfruten su comida, y que coman sus comidas con alegría; aunque, por cierto, la alegre *agitación* es tan dañina como su opuesto ya que destruye ese tenor alegre y balanceado que favorece los procesos de digestión. No se deben escatimar esfuerzos para que el tiempo en que la familia se convoca en la mesa familiar sean las horas más felices del día, suponiendo que se les permita a los niños sentarse en la misma mesa con sus padres; y, ¡si fuera posible!, que puedan hacerlo en todas las comidas, ya que la ventaja para los pequeños es incalculable, excepto cuando se trata de un almuerzo tarde. Esta es la oportunidad para que los padres instruyan a sus niños en cuanto a modales y a la moral, para consolidar el amor familiar, y para que los niños se familiaricen con hábitos como el de la masticación minuciosa, por ejemplo, tan importante para la salud y también para los buenos modales.

La variedad en las comidas. Sin embargo, las exigencias de estas personitas no se cumplen por completo solo brindando un entorno agradable y una excelente comida porque, aunque sea una comida simple, debe ser variada. Carne de cordero todos los martes, el miércoles la misma carne, pero fría, y el jueves, picada, puede que sea muy buena comida; pero el niño que recibe esta dieta semana tras semana estará mal alimentado, simplemente porque está hastiado de la misma cosa. La madre debe crear una rotación de comidas para los niños, de por lo menos una quincena en que no se repita la misma cena dos veces. El pescado, especialmente si no hay carne en la cena de los niños, es excelente para un cambio, más aún debido a que es rico en fósforo, que es un valioso alimento para el cerebro. Los postres de los niños merecen bastante consideración, porque en general no les gustan las comidas de alto contenido graso, sino que prefieren obtener calor para el cuerpo a partir del almidón y el azúcar de los postres; por ello, proporciónales una rica variedad, y que no siempre sea la «infinita tapioca». Incluso para el té y el desayuno, la sabia madre no dice: «Siempre les doy a mis hijos» esto y esto, porque no deberían tener nada «siempre» sino que cada comida debiera tener alguna pequeña sorpresa ¿Pero quizás así los haríamos pensar demasiado en lo que comerán y beberán? Por el contrario, son los niños mal alimentados los que quieren más y más de algo, y a quienes no se puede confiar ninguna exquisitez extraordinaria.

El aire es tan importante como la comida. La calidad de la sangre depende tanto del aire que respiramos como de los alimentos que consumimos; en el transcurso de cada dos o tres minutos, toda la sangre del cuerpo pasa a través de las ramificaciones infinitas de los pulmones, con el único fin de que, en ese transcurso, actúe sobre ella el oxígeno en el aire que entra a los pulmones durante la respiración. Pero, ¿qué le puede ocurrir a la sangre en el curso de un evento de tan corta duración? Solo esto: que toda su naturaleza, hasta su propio color cambia; ingresa a los pulmones en mal estado, sin ser capaz de dar vida; y los abandona convertida en un fluido puro y esencial para la vida. Observe ahora dos cosas: que la sangre solo se oxigena por completo cuando el aire contiene el máximo de oxígeno, y que cada respiración y cada llama de fuego extrae algo de oxígeno de la atmósfera de una habitación. De ahí la importancia de procurar que los niños respiren diariamente aire fresco y que ejerciten abundantemente sus extremidades y pulmones en un aire no viciado ni empobrecido.

Los niños salen a caminar todos los días. «Los niños salen a caminar todos los días; nunca están fuera menos de una hora cuando hace buen tiempo». Eso es mejor que nada; pero también lo es la siguiente ilustración: una maestra en una escuela de un área empobrecida de Londres percibe la pálida apariencia de una de sus mejores estudiantes. «¿Almorzaste, Nellie?» «Mmm sí» (vacilando). «¿Qué comiste?» «Mi madre nos dio a Jessie y a mí medio penique para almorzar, y compramos muchos caramelos de anís—es que rinden más que el pan» responde con la esperanza en los ojos de que no se le censurara por tal extravagancia. Los niños no se desarrollan de la mejor forma comiendo dulces de anís para la cena, ni con una hora de la consabida caminata diaria. Quizás la ciencia nos confirmará cada vez más el hecho de que la vida animal, confinada al interior, se sustenta en condiciones artificiales, equivalente a la vida vegetal cultivada en una casa de vidrio. Es a este respecto que la mayoría de las naciones continentales tienen ventaja sobre nosotros ya que mantienen siempre el hábito de la vida al aire libre; y como consecuencia, la persona francesa, alemana, italiana y búlgara promedio es más alegre, más sencilla y más robusta que la persona inglesa promedio. ¿Qué del clima? ¿Acaso Carlos II—y él lo sabía—no se declaró a favor del clima de Inglaterra porque allí se puede estar afuera «más horas en el día y más días en el año» que «en cualquier otro país»? Perdemos de vista el hecho de que no somos como ese personaje histórico que «solo vivió de comida y bebida». Pero a la persona incapacitada que no puede comer le decimos «¡No se puede vivir solo de aire!» Es verdad, no podemos vivir solo de aire, pero, si debiéramos elegir entre los tres factores que prolongan la vida, el aire nos sostendrá por mayor tiempo. Todo esto lo sabemos y estamos ya cansadísimos de oír del tema; deje que el rabillo de su ojo capte la palabra «oxigenación» en una página, y éste, bien entrenado, se saltará ese párrafo. No necesitamos decirle incluso a los escolares cómo la sangre del cuerpo es transportada hacia los pulmones y desde allí se distribuye por una gran cantidad de innumerables «canales» que reciben momentáneamente oxígeno; cómo el aire actúa sobre la sangre por la acción de la respiración; cómo el aire penetra en las paredes muy delgadas de esos canales; y luego, cómo sucede una mágica (o química) transformación; las aguas residuales del sistema se convierten al instante en el rico fluido vivificante cuya función es construir los tejidos musculares y nerviosos. Entonces, [aludiendo a la obra *La Tempestad* de Shakespeare], ¿cuál es el Próspero que lleva la capa? Su nombre es Oxígeno; y la maravilla que produce dentro de nosotros unas quince veces en el transcurso de un minuto, posiblemente no tiene paralelo en toda la serie de maravillas relacionadas con la vida y con las que nos «topamos» con familiaridad, estableciendo «la vida» y acarreado ¡nada menos que un secreto de gran valor!

La oxigenación tiene limitaciones. Aunque sepamos todo a este respecto, talvez olvidemos que incluso el oxígeno tiene sus limitaciones; considerando que nada puede ocurrir excepto donde se está, y esto también se aplica a este gas vital, así como a otras materias. El fuego, las lámparas y los seres que respiran, todos son consumidores del oxígeno que los mantiene con vida. ¿Cuál es la consecuencia? Pues, que este elemento, que existe en una proporción de veintitrés partes por cada cien en el aire puro, está sujeto a un enorme agotamiento dentro de las cuatro paredes de una casa, donde el aire se mantiene más o menos estacionario. No me refiero al aire viciado sino solo al agotamiento que sufre este elemento vital. ¡Piense una vez más en el extremo agotamiento del oxígeno al mantener vivos los diferentes fuegos, así como los muchos seres que respiran en una gran ciudad! Una pregunta de vital importancia es: «¿Cuál es la consecuencia?» El hombre puede disfrutar la totalidad de una vigorosa y gozosa existencia posible solo cuando su sangre está completamente aireada; y esto ocurre cuando el aire que inhala contiene todo el oxígeno necesario. ¿Es acaso una exageración aseverar que la vitalidad se reduce en aquellas personas que habitan en viviendas en contraste con aquellas que viven al aire libre? El aire empobrecido

mantiene la vida a un nivel bajo y débil; así vemos que, en las grandes ciudades, la estatura disminuye, la caja torácica se contrae, los hombres apenas llegan a vivir para ver a los hijos de sus hijos. Es verdad que necesitamos casas para refugiarnos del clima durante el día y para descansar en la noche, pero en la medida que desistamos de hacer nuestras casas más «cómodas» y las consideremos meramente refugios necesarios para cuando no podamos estar afuera, entonces gozaremos a cabalidad la vigorosa vitalidad que nos es posible.

Aire viciado. Padres de pálidos niños de la ciudad: ¡pensad en esto! En este asunto en particular, los niños de la calle que se alimentan de lo que encuentran están en mejor situación (y se ven más saludables) que sus niños preciados porque los primeros tienen a su alcance mayor cantidad de la esencia primordial de la vida, es decir, el aire. Incluso en los barrios bajos de la ciudad, hay un poco de circulación de aire, y el niño que pasa sus días en las calles recibe más oxígeno que aquel que pasa la mayor parte de sus horas respirando el aire detenido de una amplia habitación. Sin embargo, no es el aire de las calles lo que requieren los niños, sino el delicioso aire vivificante del campo. Los niños, mucho más que los adultos, se mantienen en constante movimiento y, al mismo tiempo, están en proceso de desarrollar músculo, todo esto a expensas de un grandísimo desgaste de tejido, y es la sangre la que transporta el material necesario para suplir tal pérdida: el niño debe crecer, cada una de sus partes lo debe hacer, y es la sangre la que suple el material para generar nuevos tejidos. Ya sabemos que el cerebro es, en total desproporción con su tamaño, el gran consumidor del suministro de sangre, pero es el cerebro infantil el que presenta demandas insaciables, tanto por su afanosa actividad como por el crecimiento por partida doble que le afecta.

«Caldo de vacuno para Alicia». «Yo alimento a Alicia con caldo de vacuno, aceite de bacalao y todo tipo de comidas nutritivas; pero me siento abatida porque, ¡la niña no gana peso!» Es probable que Alicia respira 22 de las 24 horas del día un aire empobrecido y algo viciado que se ha acumulado dentro de las cuatro paredes de la casa. La niña está prácticamente muerta de hambre ya que la comida recibida está siendo inadecuada e imperfectamente transformada en sangre oxigenada para alimentar los tejidos de su cuerpo.

Si sufre de inanición física, ¿qué es de la mente ávida, activa, curiosa y anhelante de la niña? «Bueno, ella tiene sus clases todos los días como siempre». Puede que sí, pero las clases que solo abordan palabras, solo los *signos* de las cosas, no son lo que la niña necesita. No existe un conocimiento más apropiado durante los primeros años de un niño como lo es saber el nombre, la apariencia y el comportamiento *in situ* de cada objeto natural que pueda llegar a conocer, como lo corrobora el Salmo 111:4: «Él ha hecho memorables sus maravillas».

«En tres años creció al sol y en la lluvia,
Entonces la naturaleza dijo, “Una flor más preciosa
Que nunca fuera sembrada en la tierra:
Esta niña para mí la tomaré:
Ella será mía, y yo la haré
Una dama de mi propiedad».

* * *

«Será juguetona como el cervatillo

Indómita y feliz ya en la campiña
O en los manantiales de la montaña;
Y suyo será el bálsamo del aliento,
Y suyo el silencio y la calma
De las cosas mudas e insensatas».

* * *

«Las estrellas de medianoche serán especiales
Para ella; y apoyará su oído
En muchos lugares secretos
Donde los riachuelos danzan en sus recorridos
Y la belleza que nace del sonido susurrante
Pasará hacia su rostro».

[Poema *Three Years She Grew in Sun and Shower* del poeta inglés William Wordsworth]

Aireación al interior. Con respecto de la aireación al aire libre ya tendremos ocasión de hablar más adelante; pero la aireación al interior es realmente importante, porque si los tejidos se alimentan con sangre impura durante todas las horas que el niño pasa en la casa, el daño no se reparará en los intervalos más breves que se pasan al aire libre. Ponga dos o tres cuerpos que respiran, así como fuego y gas en una habitación, y es increíble lo pronto que el aire se vicia a menos que se renueve constantemente; es decir, a menos que la habitación esté bien ventilada. Todos sabemos lo que es entrar a una habitación después de estar al aire fresco, y sentirla irrespirable; pero siéntese unos minutos allí y se acostumbrará al sofoco; los sentidos han dejado de ser guías confiables.

Ventilación. Por lo tanto, se deben tomar medidas frecuentes para ventilar las habitaciones, independientemente de los sentimientos de sus ocupantes: *al menos* una pulgada de una ventana abierta en la parte superior, día y noche, hace que una habitación esté en bastantes buenas condiciones, ya que permite el escape del aire viciado, que, al ser liviano, asciende, dejando espacio para la entrada del aire más frío y fresco por las hendiduras en puertas y pisos. Una chimenea abierta es un ventilador útil, aunque no suficiente; no hace falta decir que tapar las chimeneas en los dormitorios es una acción suicida. Es de particular importancia acostumbrar a los niños a dormir con una pulgada o dos, o unas más, de aberturas en las ventanas durante todo el año, y todo lo que se quiera en el verano.

El saludable aire nocturno. Es popular la idea de que el aire nocturno no es saludable; pero si pensamos en que el aire sano es aquel que contiene oxígeno en su mayor parte, y no más de una muy pequeña cantidad de dióxido de carbono, y que todos los *objetos quemantes*, es decir, el fuego, el horno, la lámpara a gas, emiten este dióxido y consumen oxígeno, usted verá que el aire nocturno es, en circunstancias normales, más saludable que el aire diurno, simplemente porque hay un desgaste menos exhaustivo del mismo. Cuando los niños están fuera de la habitación que ocupan normalmente, ya sea el lugar de juegos o la sala, esa es la oportunidad de airear dicha habitación completamente abriendo las ventanas y puertas de par en par para dejar pasar una considerable corriente de aire.

La luz solar. Pero no es solo el aire, esto es, aire puro, lo que los niños deben recibir para que su sangre sea de una «excelente calidad», como dicen los anuncios. La sangre saludable es muy rica en diminutos organismos en forma de discos rojos, conocidos como glóbulos rojos, lo cuales, en circunstancias favorables, se producen libremente en la misma sangre. Ahora bien, es cierto que las personas que pasan mucho tiempo al sol tienen un semblante rubicundo, es decir, en su sangre hay muchos de estos glóbulos rojos; mientras que las pobres almas que viven en bodegas y callejones oscuros tienen una piel del color del papel marrón pálido. La conclusión es que la luz y el sol favorecen la producción de glóbulos rojos en la sangre; y que, *por lo tanto*, (aquí la madre debe tomar este paso) las habitaciones de los niños debieran estar en el lado soleado de la casa, en dirección al sur en lo posible. De hecho, toda la casa debiera mantenerse iluminada y luminosa por el bien de los niños; y los árboles y edificios exteriores que obstruyen la luz del sol hacia las habitaciones de los niños debieran eliminarse sin vacilación.

La libre transpiración. Existe atender otro punto que debemos abordar para asegurarnos de que el cerebro se alimente de sangre saludable. La sangre recibe y elimina el desgaste de los tejidos, y uno de los agentes más importantes por medio del cual hace este necesario trabajo de limpieza es la piel. Millones de poros invisibles perforan la piel, y cada uno es la boca de un diminuto tubo de varios dobleces que están en constante actividad, cuando el cuerpo sano descarga la *transpiración*—es decir, el desgaste de los tejidos—sobre la piel.

La transpiración inconsciente. Cuando la descarga de transpiración es excesiva, notamos la humedad sobre la piel; pero, estemos consciente de ello o no, la descarga está sucediendo continuamente; aún, si ésta se detuviera, o si se cubriera una porción considerable de la piel con alguna capa que la hiciera impenetrable, se produciría la muerte. Esta es la razón por la cual fallecen las personas como consecuencia de abrasamientos y quemaduras que lesionan una amplia superficie de la piel, incluso cuando ningún órgano vital esté comprometido ya que multitudes de tubos diminutos que deberían expulsar las materias nocivas de la sangre están cerrados, y, aunque la superficie restante de la piel y otros órganos excretores asumen un esfuerzo adicional de trabajo, es imposible reparar la pérdida ocurrido al eficiente drenaje de un área considerable. Por ello, para que el cerebro esté debidamente alimentado, es importante mantener toda la superficie de la piel en condiciones tales que se puedan eliminar libremente las deposiciones de la sangre.

El baño diario y la ropa permeable. A continuación, se presentan dos consideraciones, de las cuales la primera, la necesidad del baño diario, seguido de un vigoroso frote de la piel, no hace falta decir nada aquí. No obstante, quizás no se conozca bien la segunda consideración, aquella de que los niños debieran usar ropa permeable que permita el paso instantáneo de la exhalación de la piel. ¿Por qué las mujeres delicadas se desmayaban o, “sentían que se iban a desmayar” cuando era costumbre ir a la iglesia con abrigos de piel de foca? ¿Por qué las personas que duermen bajo edredones de seda o algodón, con frecuencia se levantan sin sentirse descansadas? La causa es que tales cobertores y abrigos impiden el paso de la transpiración inconsciente, por lo que la piel no ha podido cumplir su función de limpiar la sangre de sus impurezas. Es sorprendente ver cuánta pérdida constante de vitalidad experimentan muchas personas por ninguna otra causa que una vestimenta inadecuada. La mejor vestimenta para los niños consiste en holgadas prendas de lana, franelas y de tejidos como la sarga, de diferentes grosores para el verano y el invierno. Las lanas tienen otras ventajas sobre el algodón y el lino, además de ser permeables o porosas: al ser la lana un mal conductor, no deja escapar demasiado el calor animal;

y, además de ser absorbente, no deja la piel pegajosa después de transpirar. Estaríamos mucho mejor si decidiéramos dormir usando prendas de lana, desechando el lino o el algodón y optando por sábanas hechas de algún tejido liviano de lana.

Mucho podríamos decir sobre este asunto de la nutrición adecuada del cerebro de la cual depende la posibilidad de una educación saludable, pero habremos logrado algo si quedan claras las razones de dos o tres reglas sanitarias prácticas de tal manera que no se puedan evadir sin sentir que se está violando alguna ley.

Me temo que el lector pueda pensar que estoy dirigiendo la mayor parte de su atención hacia unos pocos asuntos fisiológicos—el escalón inferior de la escala educativa. Es posible que sí sea inferior, pero es la base necesaria para todo el resto, ya que no exageramos al decir que, en nuestro actual estado, el progreso intelectual, moral e incluso espiritual depende en gran medida de las condiciones físicas. Esto no quiere decir que el poseedor de admirable constitución física sea necesariamente un hombre bueno e inteligente; sino que el hombre bueno e inteligente requiere de mucha materia animal para compensar el desgaste de tejido producido en el ejercicio de su virtud y su intelecto. Por ejemplo, ¿es más fácil ser amigable, amable, sincero, con o sin un dolor de cabeza o un ataque de neuralgia?

VII. «LA SUPREMACÍA DE LA LEY» EN LA EDUCACIÓN

El sentido común y las buenas intenciones. Es importante considerar que, aunque dicho cultivo físico del cerebro sea solo el fundamento de la educación, el método de tal cultivo es una indicación de lo que debiera ser el método de toda educación; en otras palabras, el progreso hecho en forma ordenada y regulada según la pauta de una Ley. La razón por la cual la educación causa mucho menos impacto de lo que debiera, es simplemente que en nueve de diez casos, buenos y sensatos padres dejan demasiado a merced de su sentido común y sus buenas intenciones, olvidando que el sentido común debe instruirse en cuanto a los aspectos naturales de lo que sea el caso, y que los esfuerzos bien intencionados no logran mucho si no se llevan a cabo en obediencia a las leyes divinas, que en gran parte se leen, no en la Biblia, sino en los hechos de la vida.

La vida sometida a la Ley tiende a ser más intachable que la vida piadosa. Para vergüenza de las personas creyentes, muchos que dicen no saber y, por tanto, no creer, llevan vidas más intachables, con menos arranques de mal genio, más libres del vicio del egoísmo, que muchas personas que llevan sinceras vidas religiosas. He aquí un hecho que el niño llegará a confrontar bien pronto, y uno que será necesario explicar; y, aún más, es un hecho que tendrá más peso que toda la enseñanza doctrinal que hayan recibido en sus vidas, especialmente si lo notan en una persona que estiman y quieren. A mí me parece que aquí yace el peligro que amenaza a aquellas confesiones de dependencia y lealtad a Dios todopoderoso que reconocemos como la religión—no la maldad, sino lo *bueno* de una escuela que rehúsa admitir tal dependencia y lealtad.

Es la percepción de este peligro la razón por la cual ofrezco lo poco que tengo que decir sobre el tema de la educación; pero también lo es la seguridad que siento de que no es un peligro tan

grande después de todo, porque los padres instruidos están en capacidad de enfrentarlo, y son ellos mismos precisamente las únicas personas que *pueden* hacerlo.

La mente y la materia son gobernados por igual por la Ley. En cuanto a esta superior moralidad de algunos no creyentes, suponiendo que hagamos tal concesión, solo significa que el universo de la mente, tal como el universo de lo físico, se rige por las leyes no escritas de Dios; que el niño no puede jugar con pompas de jabón o pensar sus pensamientos revoltosos si no fuera en obediencia a las leyes divinas; que toda seguridad, progreso y éxito en la vida proviene de la obediencia a la ley, a las leyes de las ciencias mentales, morales o físicas, o a aquella ciencia espiritual que la Biblia presenta; que es posible comprender las leyes y obedecer las leyes sin reconocer al Dador de la ley, y que quienes comprenden y obedecen *cualquier* ley divina heredan la bendición que procede de la obediencia, independientemente de su actitud hacia el Dador de la ley, igual que el hombre se abriga al calor del sol abrazador, aunque cierre sus ojos y se niegue a mirar el sol. En contraste, que aquellos que no se esfuerzan por estudiar los principios que rigen la acción y el pensamiento humanos no reciben las bendiciones de la obediencia a ciertas leyes, aunque reciban por herencia las mejores bendiciones que provienen de una relación reconocida con el Dador de la ley.

Antagonismo hacia la ley que muestran algunas personas religiosas. Estas bendiciones mencionadas último son tan indescriptiblemente satisfactorias que muchas veces el creyente que las disfruta no quiere más: abre la boca y aspira y se deleita en la ley, es cierto; pero se trata de la ley de la vida espiritual solamente, porque en cuanto a las otras leyes de Dios que gobiernan el universo, a veces adopta una actitud de antagonismo, casi de resistencia, digna de un impío.

Para tal persona no significa nada ser una creación formidable y maravillosa; no quiere saber cómo funciona el cerebro, ni cómo el elemento fundamental más sutil que llamamos mente, evoluciona y se desarrolla en obediencia a ciertas leyes. Hay mentes piadosas para quienes explorar estas cosas tiene sabor a falta de fe, como si deshonrara al Todopoderoso percibir que Él realiza sus obras formidables a través de gloriosas Leyes, y, por tanto, no quieren saber de ninguna ley excepto de las leyes del reino de la gracia. Mientras tanto, el no creyente, que no anda en búsqueda del auxilio sobrenatural, se propone descubrir y obedecer todas las leyes que regulan la vida natural, ya sea física, mental y moral; de hecho, todas las leyes de Dios, exceptuando las de la vida espiritual que el creyente considera como su herencia propia. No obstante, estas otras leyes que recibe Esaú también son leyes de Dios, y la sujeción a ellas produce tales bendiciones, que los hijos de los creyentes dicen: «Mirad, ¿cómo es que éstos que no reconocen que la Ley proviene de Dios son mejores personas que nosotros que sí lo reconocemos?»

Los padres deben familiarizarse con los principios de la fisiología y la moral. Ahora bien, los padres creyentes no tienen derecho a poner esta crucial dificultad en el camino de sus hijos. Por ejemplo, no tienen derecho a pedir a Dios que haga que sus hijos sean sinceros, diligentes, y rectos, si no se familiarizan con los principios de la moral que los guiará a la veracidad, la diligencia y la rectitud de carácter. Esto también es la ley de Dios. Observe que ni el conocimiento mental ni moral nos llevan al conocimiento de Dios, que es lo más valioso en la vida, pero lo que defiende es que estas ciencias tienen su papel en la educación de la raza humana, y que los padres no pueden ignorarlas impunemente. Mi esfuerzo en éste y en los siguientes volúmenes de la serie será esbozar a grandes rasgos un método educativo que, basándose en el fundamento de la ley

natural, pueda esperar, sin jactancia, recibir como herencia la bendición divina. Cualquier borrador que yo pueda ofrecer en esta breve brújula está obligado a ser muy imperfecto y muy incompleto; pero un trazado por aquí y otro por allá pueden ser suficientes para dar a los padres inteligentes líneas de pensamiento provechosas en relación con la educación de sus hijos.

Serie Educativa Charlotte Mason